

LA DIFÍCIL SUPERACION DE LOS REDUCCIONISMOS

El Papa, desde el inicio de su visita, recordó que el cristiano no debe reducir su acción a lo socio-político. Algunos se alegraron viendo ahí una censura. No se daban cuenta de que indicar que lo socio-político no era la única dimensión era un indicio de lo mucho que se ha progresado. Hace pocos años los documentos sociales de la Iglesia, insistían en que el cristiano se comprometiera a fondo en los problemas temporales. Si hoy hay que decir que no basta limitarse a ellos, es porque la respuesta que se dió a ese llamado ha sido vigorosa. No se trata de volver atrás, sino de ir adelante, superando el riesgo de reducir la totalidad a uno de sus aspectos. Si se nos recuerda el peligro de un reduccionismo temporal es porque hay una presencia fuerte de la Iglesia en el mundo. No hace mucho la tentación —presente aún en los sectores más tradicionalistas— era el reduccionismo espiritualista. El Magisterio tendrá siempre la insustituible misión de llamar la atención sobre las simplificaciones, pero no en nombre de un "término medio" tibio e inocuo, sino en nombre de un caminar cada vez más complejo y abarcador.

Pero hay en los textos del Papa el recuerdo de un hecho aún más radical: la **dimensión irreductible de la Fe**. Aunque ella ilumine proyectos históricos, señala también otra cosa que apunta más lejos que la misma historia. Esta dimensión última no solamente permite criticar y relativizar cualquier solución posible —y en eso puede ser profundamente revolucionaria) sino que no se agota en los horizontes del tiempo. El seguimiento del Jesús histórico es ya presencia de lo divino entre nosotros. Hay "algo más" en el testimonio de la Iglesia, que es el signo incommensurable de un Dios trascendente. Los mismos teólogos tienen dificultad para articular tan complejas dimensiones de lo real. Pero el pueblo sencillo sabe esas cosas cuando reza y cuando lee la Biblia. Pone siempre lo suyo, lo cotidiano, sus anhelos y sus luchas, a la vez que es sensible a la enorme sombra de misterio que rodea todas las cosas.

AHORA, DESPUES DE LA VISITA

El Papa confirmó, especialmente en su alocución en Fortaleza, los nuevos rumbos de la práctica pastoral de la Iglesia brasileña, tal como aparece en los do-

cumentos de la Conferencia Episcopal. El pueblo mostró con claridad que una buena parte de él se siente identificado con esa práctica. Dió muestras de que ya no es un elemento pasivo en el escenario eclesial, social o político.

Falta mucho por hacer. La Iglesia aún debe desempeñar un papel esencial junto a los sectores populares ayudándoles a organizarse y crecer. Debe al mismo tiempo, reconocer sus propios límites en ese plano y precisar siempre que eso no agota su misión.

Aunque los grupos de poder intentarán utilizar en su provecho la visita del Papa, el dinamismo provocado fue tan intenso que será difícil manipularlo. Usarán textos aislados, intentarán reinterpretar gestos, pero la táctica más probable será la de tratar de dividir e intimidar.

Un balance crítico de lo sucedido no debe llevar a la autosatisfacción, sino a continuar hacia adelante, creando y recreando prácticas pastorales. La palabra del Magisterio no se recibe para ser repetida, sino como confirmación para animar nuevas experiencias.

El Papa reconoció el dinamismo de la práctica pastoral brasileña. Queda el desafío de hacerla aún más eficaz.

EL PAPA EN BRASIL

Resultados del viaje

WASHINGTON URANGA**

Muy variadas pueden ser las conclusiones de la visita de Juan Pablo II a Brasil, según el ángulo desde el cual se haga el análisis. Doce días de recorrido, trece ciudades visitadas, y 36 horas de exposiciones públicas, del propio Papa dan, sin lugar a dudas, para muchos análisis.

Sin embargo, obligados a sintetizar los principales resultados de este viaje papal me limitaré a señalar dos aspectos; el incuestionable respaldo que Juan Pablo brindó a la Iglesia de Brasil, a sus obispos, a su acción pastoral y el enorme protagonismo que el pueblo católico brasileño demostró durante los doce días que acaban de transcurrir.

* Luis Alberto Gómez de Souza, Sociólogo brasileño del Centro João XXIII, Consultor de los Obispos del Brasil.

** Washington Uranga profesional periodista, destacado en el Brasil para cubrir el viaje del Papa.

FORTALECIDA LA IGLESIA DE BRASIL

El final de la visita de Juan Pablo II nos muestra a una Conferencia Nacional de los Obispos (CNBB), sumamente fortalecida.

Y este es un hecho importante:

La CNBB es, hoy por hoy, en América Latina y quizás en el mundo, la expresión colegial de un episcopado que se ha caracterizado por su compromiso con el pueblo, por la valentía con la cual asume sus tareas de denuncia, y de anuncio del Evangelio desde las angustias y las necesidades del pueblo.

Esta posición de los obispos de Brasil, ampliamente reconocida dentro y fuera del país, ha tenido un amplio respaldo de las bases populares, del pueblo organizado en las comunidades eclesiales de base, de los trabajadores metalúrgicos del cordón industrial de San Pablo, que han sentido la solidaridad manifiesta de la Iglesia, de los obispos.

Pero, al mismo tiempo, esta posición trajo como consecuencia que los obispos de Brasil, y la CNBB en forma particular, se hayan convertido en blanco de los ataques de muchos otros, especialmente de los detentores del poder, e incluso del Gobierno.

Dos meses atrás, cuando la huelga metalúrgica de San Pablo estaba en su apogeo, la Iglesia, y muy directamente Monseñor Claudio Humes, Obispo de Santo André, estaba junto a los trabajadores, compartiendo con ellos solidariamente sus luchas.

La CNBB, la instancia más alta de la Iglesia de Brasil, apoyaba la postura.

La respuesta gubernamental fue terminante.

El propio presidente, general Joao Baptista Figueiredo, dijo públicamente que "la CNBB no es la Iglesia de Brasil".

Por otra parte un juicio político le fue iniciado a Dom Claudio Humes.

No pocos eran los que esperaban,

apoyándose en los antecedentes personales y en los pronunciamientos anteriores de Juan Pablo II, que el Papa llegaría a Brasil a "poner en línea" a esta Iglesia de avanzada.

Sin embargo, lejos estuvo Juan Pablo II de hacer advertencias o correctivos.

"Encontré una Iglesia viva, rica en auténticos fermentos evangélicos, que constituyen un estímulo para un compromiso cada vez mayor de encuentro con Dios y con el hombre", dijo el mismo Papa a los periodistas que lo acompañaron en su viaje de regreso a Roma (O Globo, Río de Janeiro, 13.07.80)

Y agregó Juan Pablo II: "es una Iglesia pobre, con pocos recursos, y un número reducido de sacerdotes, que tiene un gran compromiso con el pueblo".

Desmentidos fueron por el propio Papa quienes esperaban una condena. Y hasta el propio general Figueiredo fue desmentido porque Juan Pablo II calificó a la CNBB de "órgano capaz de representar con la mayor autenticidad posible al episcopado brasileño frente a otras instancias, sin excluir la civil".

LOS GESTOS: MAS IMPORTANTES QUE LAS PALABRAS

Juan Pablo II habló en público en Brasil por espacio de casi 36 horas.

Sin embargo, y sin que esto quiera decir que sus palabras no revisten gran importancia, sus gestos, sus ademanes, sus actitudes fueron más importantes que todas sus palabras.

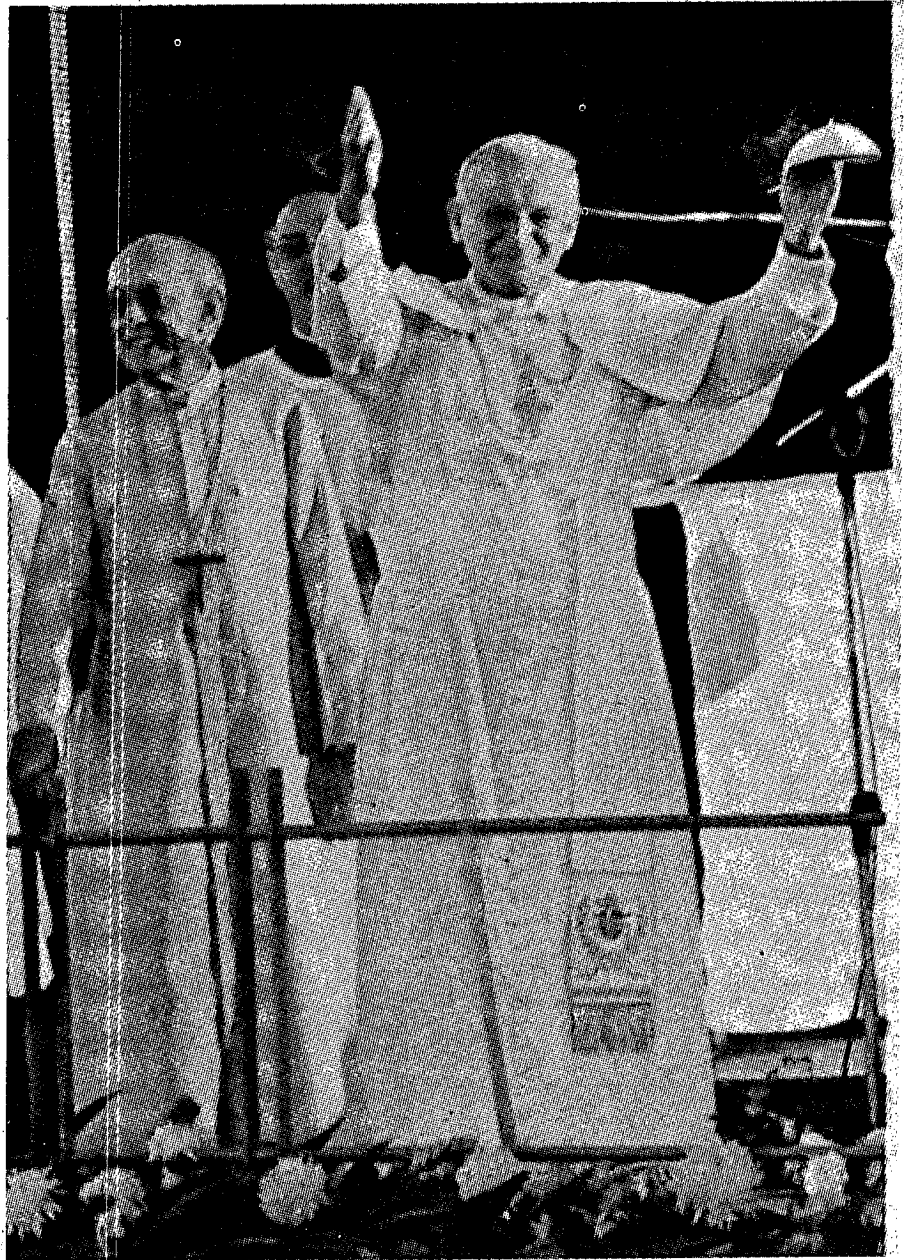
Esa es una característica del actual sucesor de San Pedro. Su personalidad es desbordante y en eso está su principal carisma.

Juan Pablo II se ganó al pueblo de Brasil. Así lo demuestran los doce días que mantuvo de pie a una nación que lo siguió paso a paso a través de su maratónica peregrinación.

Así lo demuestran los aproximadamente 15 millones de personas que se congregaron para vitorearlo, para hacerlo partícipe de sus angustias.

Por eso me atrevo a afirmar que los gestos del Papa fueron más significativos que todas sus palabras: desde su actitud de cierta prescindencia hacia el protocolo oficial, especialmente ante el tremendo aparato de honras a un Jefe de Estado que se había montado en Brasilia, hasta el momento culminante de su encuentro con Dom Hélder Cámara en Recife.

Y en hechos como este último también se expresó el apoyo a la Iglesia de Brasil.



La felicidad de Dom Hélder Cámara con el Papa ante su pueblo

Dom Hélder ha sido un abanderado de la causa de los pobres, especialmente de los campesinos. Y ha sido, por la misma razón, blanco permanente de los ataques del Gobierno de Brasil.

Juan Pablo II llegó a Recife. Contra la opinión de muchos, incluso obispos, él decidió visitar a Dom Hélder en su casa. Primer gesto.

Cuando bajó del avión que lo trasladó hasta la ciudad, el Papa dejó de lado el orden protocolar de los saludos y se dirigió directamente al arzobispo de Olinda y Recife. La pequeña figura de Dom Hélder se perdió en medio de los brazos del Papa quien lo abrazó una y otra vez, sin dejar de demostrar su efusividad y su afecto por el profeta del nordeste brasileño.

Y el gesto llegó a su momento más sublime cuando, antes de comenzar la homilía de la misa campal en Recife, Juan Pablo II se refirió a Dom Hélder llamándolo "hermano de los pobres y mi hermano".

La multitud estalló en aclamaciones.

Todo lo que el Papa dijera a partir de ese momento poco podía agregar para aquellos 800 mil campesinos, al tremendo valor simbólico del gesto.

Lo mismo puede decirse de su oración en Teresinha, Piauí. Este es el estado más pobre de todo Brasil, enclavado en el corazón del nordeste.

Allí el Papa llegó en una escala de su viaje a Belém y solamente estuvo una hora.

Habló de la pobreza, mientras la pobreza saltaba a sus ojos.

Unos campesinos mantenían en alto un cartel en el cual se podía leer: "Santo Padre, el pueblo tiene hambre".

Y Juan Pablo II, en un nuevo gesto que conmovió al pueblo, convirtió aquella denuncia en oración, y al finalizar su alocución y tras rezar el "Padre Nuestro" junto con la multitud, alzó los brazos y dijo: "Padre Nuestro, el pueblo tiene hambre".

LA PRESENCIA SOCIAL DE LA IGLESIA

Pero también las palabras de Juan Pablo II tuvieron su peso.

Lo tuvieron en momentos claves, cuando habló en Vidigal (Río) a los habitantes de la "favela", cuando lo hizo en Salvador (Bahía) a los pobladores de la "favela" de Alagados, cuando habló a los campesinos en Recife y a 120 mil obreros en el estadio de Morumbi, en San Pablo.

Desde la Conferencia de Puebla hasta ahora, el Papa ha hecho propio el tema de la "opción preferencial por los pobres". Pero también la insistencia fue manifiesta con respecto a temas como derechos humanos, libertad, justicia, necesidad de cambios de estructuras.

El Papa siempre abordó estos temas desde su perspectiva, claramente

marcada por una visión ético-religiosa de la realidad.

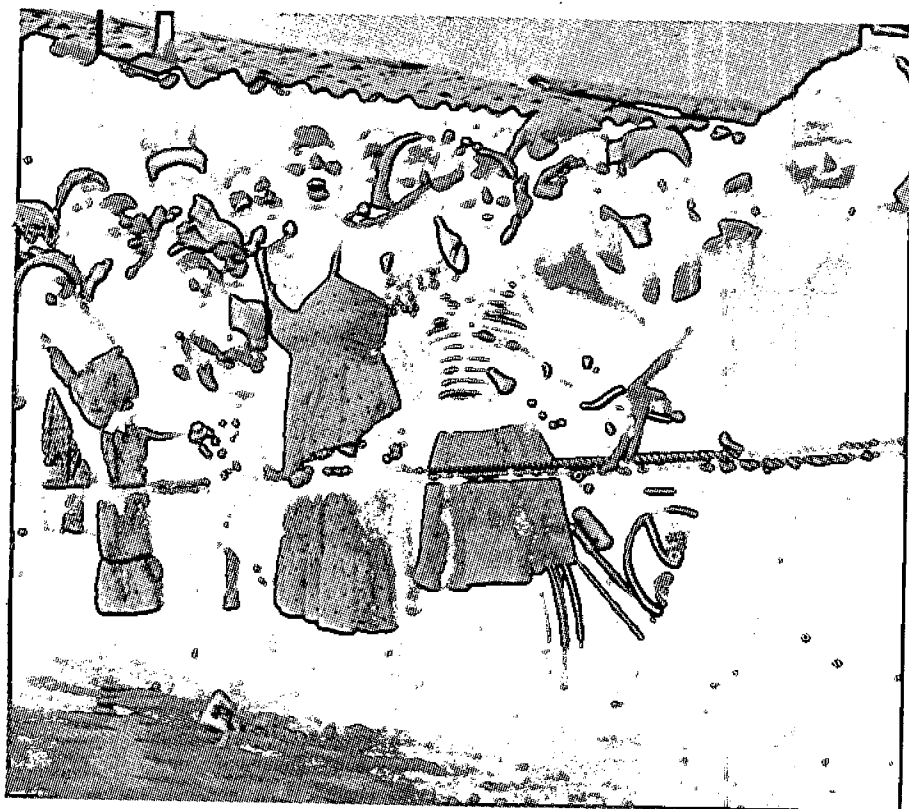
En este sentido, el discurso del Papa Juan Pablo II no ha variado sustancialmente desde el comienzo de su pontificado.

Pero, contra lo que muchos pensaban, el Papa insistió en la necesidad de la presencia de la Iglesia en el campo social.

"Me siento feliz —dijo el Papa a los Obispos de la CNBB— cuando una Conferencia Episcopal da lugar, en los programas de sus asambleas a temas vinculados a las urgentes cuestiones de orden temporal, que tocan de hecho a los hombres de nuestros días".

Y pidió a los obispos brasileños que sean "en nombre del Evangelio, promotores de los grandes valores humanos, y, ante todo de la verdadera dignidad del hombre, hijo e imagen de Dios, hermano y heredero de Jesucristo. Vuestra vocación de obispos os prohíbe —siguió diciendo el Papa con claridad total y sin medias tintas—, todo cuanto se acerque a partidismos políticos, sujeción a tal o cual ideología o sistema. Pero no prohíbe, antes invita, a estar cerca y al servicio de todos los hombres, especialmente de los más desvalidos y necesitados".

Y agregó más adelante: "La Iglesia reivindica como su derecho y deber la práctica de una pastoral social, no en la línea de una proyección puramente temporal, sino como formación y orienta-



ción de conciencias, por sus propios medios específicos, para que la sociedad sea más justa. Es función social del episcopado preparar y proponer un programa de pastoral social y realizarlo dentro de la unidad colegial. En Brasil existe la posibilidad de organizar tal acción, con la perspectiva de dar muchos frutos, pues en este país la Iglesia y el episcopado constituyen una verdadera fuerza social".

Después de las palabras del Papa también perdieron valor las acusaciones de "intromisión en política" levantadas contra los obispos y las comunidades de base de Brasil. Juan Pablo II no sólo formuló en sus discursos el derecho y el deber de esta presencia de la Iglesia en lo social, sino que en su propia predicación tocó reiteradamente temas afines a esta problemática para recalcar los aspectos que corresponden a la presencia de la Iglesia.

EL PROTAGONISMO DEL PUEBLO

A pesar de todo lo anterior, un estudio de los textos de los discursos de Juan Pablo II en Brasil, podrá concluir seguramente, al comparar estas interven-



Así, todos hablan de derechos humanos, de justicia social, de derechos de los marginados.

Y estos temas, coyunturalmente, coincidieron con la tónica de la temática papal.

Los temas a los que el Papa se refirió, coincidieron con los que a diario están en la boca de los brasileños. El resultado fue una tremenda demostración de apoyo al Papa, incluso de los sectores políticos de izquierda, y una reafirmación del proceso de apertura política.

Pero, por otra parte, hay que tener en cuenta el papel importante de la masa católica.

La Iglesia de Brasil demostró, con la visita del Papa, el fruto de muchos años de trabajo, de organización de las bases, de formación eclesial y política de la gente.

Y fue así como gran parte de los 15 millones de personas que se volcaron a las calles, estuvieron organizados, y encontraron en los sectores organizados de la Iglesia, la conducción que supo orientar y canalizar las expectativas.

Y entonces sobrevino el "diálogo" del Papa con la multitud.

Era el pueblo el que con sus acentos, sus estribillos y sus silencios, iba dándole mayor sentido a lo que decía

Juan Pablo.

Fue evidente el respaldo que a nivel popular alcanzaban las afirmaciones papales sobre derechos humanos, justicia social, opción por los pobres.

Como también era evidente el silencio con el que se acompañaban las advertencias con respecto a desviaciones o excesos en este u otro sentido.

Y nadie puede pensar que se trata de una actitud ingenua y espontánea de la masa. Estas reacciones son el resultado lógico de mucho tiempo de formación —pastoral y política— de la cual es, en gran parte, responsable la misma Iglesia.

Fue el pueblo el que asumió un carácter protagónico y el que le dio a esta visita de Juan Pablo II a Brasil una fisonomía propia y distinta.

Las mismas palabras dichas ante otro auditorio hubiesen tenido una repercusión muy distinta.

En consecuencia, la visita de Juan Pablo II, reforzó a la Iglesia de Brasil comprometida con su pueblo y le dio a éste la posibilidad de expresarse, de manifestarse, a través de la identificación popular y masiva con ciertas propuestas sociales del Pastor de la Iglesia Universal.

ciones con otras anteriores del Papa, incluso en los viajes precedentes, que, en términos generales, los contenidos no difieren sustancialmente de los anteriores.

Y esta será una conclusión acertada.

En esta ocasión Juan Pablo II mantuvo la línea tradicional de su magisterio, que más de un analista no ha dudado en calificar de "conservadora".

Las diferencias estuvieron en esta ocasión en los acentos. Estimulado por el propio auditorio, por la problemática y la temática de éste, el Papa habló con mayor insistencia de temas como derechos humanos, justicia social, opción preferencial por los pobres.

Pero, entonces, ¿qué fue lo que cambió para que Juan Pablo II apareciera ahora más comprometido con los temas sociales, en posiciones que, a primera vista, parecen de mayor avanzada?

Lo que cambió fue el contexto político en el cual habló el Papa y la calidad de los destinatarios de sus discursos.

Después de 16 años de dictadura, Brasil vive actualmente un proceso de apertura política. Se vive una especie de "adolescencia" política donde todos los temas salen a la luz pública, de todos se habla pero sin que exista un orden, una organicidad en la formulación.

